

EL MONJE DE SAN ANTOLIN.

LEYENDA.

I.

Entre las sombras de la noche, amedrentaba el rugido del mar, como entre las terribles sombras del pecado, el imponente grito de la conciencia.

El pintoresco valle de San Jorge, gala preciosa de la Asturias oriental, habia perdido todos sus encantos. El risueño paisaje que en las frescas orillas del Bedón brindaba otros días deleitable solaz, presentaba un aspecto tristísimo; era la desconsoladora imagen de la juventud que muere entre las tormentas de las pasiones; era el cuadro doloroso de la hermosura que se borra, que va palideciendo, que espira, falta de luz de la inocencia.

Una hora escasa habia pasado desde que las campanas del Monasterio de San Antolin licieran oír el melancólico toque de la oracion, y ya los honrados y medrosos campesinos se habian ido á ocultar en sus humildes y diseminadas chozas.

El eco triste y prolongado de aquellas campanas, parecia escucharse aun como una súplica en el fondo del valle.

Tal vez se confundia con el agudo silbido del viento que azotaba furioso las empinadas colinas.

II.

La tempestad avanzaba en su carro devastador. El trueno zumbaba á lo lejos como una amenaza del Dios ofendido.

El relámpago, brillando como nuncio de la lucha de los elementos, se reflejaba en las espumosas olas del mar cantábrico.

El silencio que sucedia al fragor del trueno era un silencio aterrador. Allá á lo lejos el murmullo sordo de las olas. En el fondo del valle el áspero rechinar de las ventanas sacudidas por el viento. Alguna vez el lúgubre y fatídico plañir del ave agorera.

Sobrecogida de espanto la oscuridad tras la luz del relámpago. Solo se veia allá sobre el negro peñon la vacilante llama de la hoguera que los pescadores encendian. Quizás el pálido fulgor de una luz moribunda se divisaba entre las miserables chozas.

La noche avanzaba, avanzaba; pero la voz del huracan se oia siempre.

En algunos instantes parecia que el viento llevaba entre sus gemidos el eco de acentos humanos, como una monótona y tristísima canturia que iba estinguéndose entre las quiebras de las montañas.

Quizás alguna madre pretendia calmar la inquietud de su niño amedrentado, entonando junto á la cuna su cancion favorita, cuyos acentos tornábanse tristes á su pesar.

Tal vez la abandonada doncella repetia fantásticas baladas de amores infortunados, aprendidas en la edad dichosa en que no temia las asechanzas del mundo.

III.

En aquellos solemnes momentos descendia por la mas empinada colina un caballero sin armas, con el rostro descubierto, descompuestas las facciones, dirigiendo en torno suyo miradas de terror.

Al trasponer luego un montecillo se detuvo jadeante, trémulo, volviendo atras la vista con ansiedad horrible.

Y escuchó un instante. En alas del huracan llegó á sus oidos un grito desgarrador, y tembló mas al convercerse de que aquel grito era de mujer; de una mujer que pronunciaba su nombre.

Y aquel grito le repetia cien veces el viento entre sus agudos silbidos.

Un sudor frio corrió por la frente del caballero que en vano pugnaba por cubrirse con los embozos de su ancha capa.

—¡Ricardo! ¡Ricardo! repetia la voz mas cercana cada vez.

Y el caballero temblaba mas que nunca, viendo avanzar hácia él una ligera sombra blanca.

La sombra subió al fin á la cumbre del montecillo, se acercó al caballero, le abrazó con efusion, y exhalando un ahogado suspiro le besó en los labios.

La luz intensa de un relámpago bañó aquellas dos figuras cuyas sombras se proyectaban gigantescas al pié del montecillo.

—¡Ricardo! dijo aquella mujer cuya mirada brillaba siniestramente; te he perseguido para darte este último beso, porque mi amor es mas grande que nuestro crimen...

—¡Si; pero, ¡Maldito seas tú! y maldito tambien este mismo amor por el que he venido á hacerme cómplice de la muerte de mi padre. ¡Maldito seas! maldito seas!

Y el eco de aquella terrible maldicion zumbaba en el espacio como la imponente voz de la tempestad.

IV.

La calma de la muerte sucedió á la lucha de los elementos.

La sombra blanca, se alejó con incierto paso y fué á perderse entre las sinuosidades de la montaña.

El caballero, sintiendo su corazon combatido por mil contrarias emociones, se llevaba las manos á la frente y luego se golpeaba el pecho, como dudando de su propia existencia y queriendo darse cuenta de que todo lo que habia visto y oido era hijo de una fascinacion.

—¡Elvira!... exclamó despues con acento conmovido. Y como si aquel nombre trajera á su pensamiento un mundo de encantadores recuerdos, y á su conciencia todo el peso de un crimen horrible, sonrió como sonrie el adolescente ante la hermosa imagen del primer amor, y despues dejó caer sobre el pecho su frente nublada por la sombra del remordimiento.

Aquel nombre habia sido repetido mil veces por las perfumadas brisas, turbando dulcemente el silencio de las citas misteriosas.

Aquel nombre encerraba todo un poema de amor purísimo y todos los encantos de la pasion mas ardientemente voluptuosa.

Porque Elvira y Ricardo que se encontraron en el mundo con el corazon todavia niño, se amaron primero con la inocencia de los ángeles, con la tranquilidad del espíritu que reina solo, sin el tormento de la lucha. Pero cuando un suspiro de la tierra se exhaló de sus puros labios, y descendieron tronzadas las alas de los ángeles, se encontraron las manos trémulas del hombre y la mujer, y en sus miradas ardientes sorprendieron un rayo que embriagaba, que atraia irresistiblemente, que mataba y hacia morir con una dulzura infinita... ¡oh! entonces las locuras de la pasion borraron la inocencia del amor tranquilo; el espíritu cegó y sucumbió al fin en lucha con la materia, que se hace despota y soberana señora, ofreciendo siempre á sus esclavos la seductora copa del placer.

Y el fuego de una pasion influye fatal y terriblemente en algunas naturalezas. Es un fuego devastador que conduce hasta el crimen.

Por eso el nombre de Elvira que traia á la mente del caballero todo un mundo de dulcísimos recuerdos en que se confundian lágrimas, besos y suspiros de amor, evocaba á la vez la sombra ensangrentada del anciano que al ir á recobrar á su perdida hija encontró en su camino al desesperado amante que en un instante de delirio hundió en su seno el puñal homicida. Aquella sombra pesada sobre su abatida frente y se alzaba terrible en su conciencia donde aun resonaba el eco de una maldicion.

V.

El caballero descendió como un loco del montecillo, y cruzó el ancho valle vagando á la ventura.

Diriase que huia de una sombra que se adheria á sus pasos y que le perseguia á su pesar. Pero eran vanos sus esfuerzos, por que aquella sombra era la suya propia, y mas se agrandaba cuanto él mas se guarecia entre las colinas.

—¡Cuántas veces huimos del mundo y de las exigencias de la sociedad que creemos la causa de nuestro tormento, y cuando nos hayamos solos, frente á frente de nosotros mismos, es cuando nos convencemos de que dentro de nosotros está nuestro único enemigo!

El mayor verdugo del caballero era su propia conciencia. El crimen le abrumaba, á pesar de que le habia cometido en un momento de fiebre, de delirio, de extravío completo de la razon.

El cansancio vino por fin á rendir tambien sus fuerzas físicas, y cayó despolmado, presa de un repentino vértigo.

Cuando salió del desmayo empezaba á despuntar la aurora.

Se hallaba frente al Monasterio de San Antolin. Una idea consoladora vino á prestarle fuerzas, y se levantó como un mártir, apoyado en la fé.

Se acercó al pórtico del convento. Los acentos graves del órgano y las voces acompasadas de los monjes le infundieron nuevo aliento, una vida que él ignoraba.

Llamó, y las puertas del monasterio se abrieron.

—¡Quién sois y qué queréis? dijo una voz áspera que parecia salir de entre los pliegues de una espesa capucha.

—Soy, dijo el caballero, un miserable peregrino extraviado que va buscando senda mejor y mas segura; quiero ver al reverendo Abad, que pienso ha de mostrarme esa senda que yo no encuentro.

—Creo comprenderos. Pasad y aguardad un instante, que los hermanos están en el coro y nuestro superior reza con ellos tambien.

Pasó el caballero y la puerta se cerró tras él con un estrépito que se hizo sentir en los dilatados claustros. El misterioso portero habia desaparecido.

Nuestro héroe se encontró en un zaguán, iluminado débilmente por la luz amarillenta de una pequeña lámpara que pendia de la oscura y abovedada techumbre.

Secretaría de la Asamblea y Junta Municipal de Vega-baja.—Los fondos públicos de este pueblo juegan en el sorteo ordinario número 217 de la Real Lotería que ha de celebrarse el 22 del actual, con los medios billetes números 7.136 y 4.553. Y en cumplimiento de lo que está dispuesto, se hace público para conocimiento de este vecinario, Vega-baja, y Agosto 14 de 1861.—V.º B.º, El Alcalde, Carrera.—Thomas G. Colón. 3

PEREGRINO OFICIAL.

CASA DE CARIDAD

Y OFICIOS DE SAN ILDEFONSO.

Bajo la protección de S. M. la Reina.

Corte de Caja practicado hoy Julio 31 de 1861.

	Pesos	Cts.
Existencia efectiva anterior segun cuenta publicada en la Gaceta del Gobierno número 88 y referente al mes de Junio.	2.395	03
Entradas en el mes de Julio.		
Efectivo á cuenta de los productos de las ventas en el Bazar.....	300	00
Id. id. id.....	200	00
Id. id. id.....	39	20
Producto de la venta de dos vestidos.....	12	00
Donativo del Sr. Mayans.....	18	75
Réditos del capital de la asociacion del mes de Junio.....	12	98
Limosna de la Sra. de D. Luis Capó.....	8	00
Suscripcion correspondiente al mes de Junio y réditos de la menor Belen.....	139	00
	3.144	96

Salidas en el mes de Julio.

Efectivo que se depositó en Arcas Reales para optar al remate de las ropas del Hospital.....	150	00
Zapatos para las acogidas.....	7	87½
Para hilo y cintas.....	4	00
Efectivo á la Sra. Vocal Provedora.....	50	00
Por un carreño y compostura de una cafetera.....	84	
Efectivo que se paga al contratista Sr. Pagani.....	170	00
Por una cañeria de plomo.....	8	00
Consumo de gas en Junio.....	3	50
Efectivo que pagó la Sra. Vice-Presidenta D.ª Consuelo Peralta del Riego Pica al Sr. Pagani y que tenia en su poder para atender á los gastos de la fábrica.....	400	00
A la Señora Provedora.....	50	00
Por un plumero para sacudir el polvo.....	2	00
Costuras pagadas á varias personas que han auxiliado en las costuras de la ropa contratadas del Real Hospital.....	67	00
Hilo agujas &ª.....	4	22
Papel timbrado para borradores sobres &ª.....	1	25
Sueldo del cobrador por Junio.....	10	00
Sueldo de las empleadas de la casa.....	39	00
A la Sra. Provedora.....	50	00
	1.017	68½

Existencia efectiva hoy 31 de Julio de 1861..... 2.127 27½

NOTA: Las deudas cedidas á favor de la casa son las ya publicadas ascendentes á..... 916 12

OTRA: La Sra. D.ª Alejandra Campillo de Trilla ha cedido á la Casa un solar que posee en Trujillo-alto con una casa antigua de madera.

Puerto-Rico Julio 31 de 1861.—La Tesorera, Josefa Sevilla de Lopez Pinto.—La contadora, Julia Antonia Montilla de Arroyo.

Y por disposicion de la Sra. Presidenta, y en cumplimiento de lo que previene el artículo 17 de los Reales Estatutos se manda á publicar la anterior cuenta en los periódicos de la plaza para conocimiento del público. Puerto-Rico, fecha ut supra.—La Secretaria, Hattie F. Brewster de Vizcarrondo.